

Iglesia, uniendo su intención á la de Cristo Sacrificado en la Misa, reconozca los mismos derechos naturales del Altísimo. Y, ¿qué complacencia no sentirá Dios Padre al ver de esta suerte á su mismo Hijo, Dios como Él, humillado, juntamente con toda la Iglesia? ¿y qué aceptación no resultará de los ofrecimientos de su Hijo y de tantos seres queridos? Por eso es por que una sola Misa ensalza sobremanera á Dios, le complace infinitamente, le da mayor gloria que le han dado y le puedan conseguir todos los hombres justos y santos, incluso la Virgen Santísima, desde que el mundo existe hasta que fenezcan todos los hombres.

Mas el sacrificio de la Misa es también *eucarístico* por excelencia. El mismo Jesús, juntamente con todos los redimidos, da gracias á su Eterno Padre por los beneficios de filiación y por haberle hecho Redentor, Salvador, Padre é Intercesor de sus hijos, y al propio tiempo le retribuye, ofreciéndose á sí mismo, todas las dádivas y mercedes concedidas á la Iglesia, y esto, todos los días y millares de veces en cada uno de ellos. ¿Quedará el Eterno Padre agradecido? ¡Oh! de cuánto valor es una Misa! Con toda propiedad es este sacrificio y sacramento apellidado eucarístico; palabra que significa *acciones de gracias*, porque si es verdad que el sacrificio de la Cruz fué obrado con el fin de satisfacer por las culpas de los hombres, también lo es que el sacrificio de la Eucaristía fué y es instituído con el fin de dar gracias á Dios por todos sus beneficios. El mismo Señor, en persona de David, pregunta á Dios Padre, qué es lo que ha de retribuirle por todas las mercedes recibidas, y contestándose Él mismo, como quien no ignoraba el augusto Sacrificio que en el tiempo instituiría, responde: «El Cáliz del Señor, esto es: mi cáliz tomaré, é invocaré el nombre del Señor, mi Padre».

Es, asimismo *impetratorio*. Jesucristo, puesto por mediadero entre Dios y los hombres, colocado entre el Ser divino y el humano para oír las peticiones de éste y hacerlas presentes á Aquél, oye como padre amoroso nuestras súplicas y solicita su despacho. ¿Qué no concederá Dios Padre á Dios

Hijo? ¿Cómo no otorgará lo que pide, no en el nuestro, sino en su propio nombre? De ahí que según la fe y la confianza con que pidamos á Jesucristo así obtendremos del Padre. Al mandar el Salvador á sus apóstoles, y en su nombre á sus sucesores, que celebrasen el Sacrificio en su memoria, les enseñó la manera de pedir en la Misa por sí y por sus prójimos. Aquella oración que el Redentor dirigió al Padre, momentos después de haber instituído la Eucaristía, quiso que la repitieran sus sacerdotes en la Misa. He aquí cómo se expresaba el dulce Jesús: «Ruego por los que me diste, y no solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Padre santo, guarda por tu nombre á aquéllos que me diste, para que sean una cosa como nosotros... (y esto mismo repite cinco veces); guárdalos del mal...; santifícalos con tu verdad... quiero que aquéllos que Tú me diste estén conmigo en donde yo estoy, á fin de que vean la gloria que Tú me diste...; ellos han conocido que Tú me enviaste, por eso te pido que los ames como me has amado á mí; y Tú y Yo estemos en ellos por amor (1)... Nada más expresivo ni más dulce que estas bellas cláusulas para denotar que Cristo intercede y ruega con instancia por nosotros, aunque particularmente practica este oficio en el Sacrificio de la Misa. He ahí por qué la Misa es sacrificio *impetratorio*.

Finalmente es *propiciatorio*. La petición y la concesión andan unidas en el sacrificio de nuestros altares, si es que solicitamos con fe; Cristo pide con mucha instancia; el Padre, por lo tanto, no puede negar una gracia por la que su Hijo solicita con tanto ardor. Esto por una parte; de otra, el Sacrificio de la Misa sirve de propiciación por nuestros pecados. «Ésta es la sangre del Nuevo Testamento que será de-

(1) Rogo pro his quos dedisti mihi... non pro eis rogo tantum, sed et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me...; Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum sicut et nos...; rogo ut serves eos á malo...; sanctifica eos, in veritate...; quos dedisti mihi, volo ut ubi ego sum, et illi sint mecum, ut videant claritatem quam dedisti mihi...; hi cognoverunt quia tu me misisti...; ut dilectio, qua dilexisti me in ipsis sit et ego in ipsis. Joan. XVII.

rramada por vosotros, para la remisión de pecados» dice Jesucristo en las palabras de la institución. El Concilio de Trento añade que la virtud de este sacrificio es aplicable por los pecados que cada día cometemos; mas no creamos, según quedó explicado ya, que basta asistir á las Misas con mucha fe y que con esto se nos perdonan los pecados mortales, sin haberlos sujetado á la confesión sacramental, sino que el Sacrificio de la Misa, ofrecido á Dios con el sentimiento de una verdadera fe, de un temor saludable, de una humilde reverencia y de un arrepentimiento sincero, atrae sobre nosotros las miradas del Dios misericordioso, nos alcanza el don de la verdadera contrición, el espíritu de penitencia y la gracia de la confesión con todos sus requisitos, y de esta manera nos prepara y en cierto modo nos asegura el perdón de los pecados; de este modo se entiende la *propiciación* del Sacrificio de nuestros altares.

Sobre todos los otros sacrificios es además el nuestro, *expiatorio* ó perdonador de las penas que sufren las almas del purgatorio; pero tanto estos saludables efectos como que la Misa sirva para la satisfacción de las penas de los vivos, que socorra otras necesidades, etc. lo veremos suficientemente explicado al final del Tratado III (1).

Pero hemos de convenir en que la llave principal que abre este alcázar de misericordia es que el sacrificio de la Misa conmemora la Pasión del Señor, pero no considerada independientemente, sino adoptando por base la real presencia de Cristo en las especies eucarísticas. Aquí podemos declarar cuál sea la virtud, el poder, la eficacia de nuestro sacrificio incruento. Por conmemorar dicha pasión, es la Misa sacrificio latréutico, pues en el de la cruz, Jesucristo, anonadándose hasta la muerte, reconoció el supremo dominio que Dios Padre posee sobre la vida y la muerte y sobre todas las cosas. Por recordar la pasión cruenta, es la Misa sacrificio eucarístico, pues en el de la Cruz, Cristo dió gracias á su Padre por el cáliz que le había permitido beber.

(1) La Eucaristía y la Iglesia purgante. Parte III de nuestra Obra.

Por hacer memoria del cáliz amargo que bebió el Hombre-Dios, es la Misa sacrificio impetratorio, pues, así como en la cruz, Jesucristo nos alcanzó la compasión de su Padre y nos abrió las puertas del cielo para poder entrar si quisiésemos, así en el de la Misa, pide y ruega para que nos arrepintamos de nuestras culpas. Por recordar los tormentos de la pasión, es la Misa sacrificio propiciatorio, pues si en el de la cruz el Eterno retiró su justo enojo, en el de la Misa perdona merced á su gran clemencia. Por conmemorar, finalmente, la pasión cruenta, es la Misa sacrificio expiatorio, pues el de la cruz también extendió su virtud á aquel lugar de tormento.

Para concluir este artículo, debíamos resolver los argumentos que nos oponen los herejes, pero este asunto se tratará con más propiedad al ocuparnos de los seis argumentos de Lutero contra la Misa, que resolveremos más adelante.

Artículo III.—En qué consiste la esencia del Sacrificio de la Misa

Dejándonos de opiniones, y fijando sólo nuestra mirada en lo que parece más seguro, contestamos que la esencia del Sacrificio consiste en la consagración, por varias razones; en primer lugar, porque fué voluntad expresa de Jesucristo que por la consagración exclusivamente se pusiese presente bajo el pan y el vino su Cuerpo y Sangre; es cierto que en esta sola acción se hallan el motivo y la base y se expresan todos los fines del sacrificio de su Cuerpo y Sangre. En efecto: la acción fundamental de este gran Sacrificio es la transubstanciación en la que una cosa que no era pasa á ser sacrificio; esto es: el pan y el vino, pasan á ser cuerpo y sangre; todos los mencionados fines del sacrificio se conceptúan en la consagración solamente; luego en sola esta acción radica la esencia del sacrificio.

En segundo lugar, la sola acción que el sacerdote practica en nombre de Cristo, es la consagración, pues ésta únicamente es la divina, siendo todas las demás partes de la Misa de origen apostólico y eclesiástico; luego en sola ésta debe consistir la esencia del Sacrificio. Finalmente, varios santos Padres fijan esta esencia en la consagración exclusivamente

pues por sola ella se realiza el mayor de los milagros. Aun cuando en la consagración no hay destrucción material de la hostia, acción que se completa en la sunción de ambas especies, empero hay una especie de destrucción moral por la que Cristo se abate hasta anonadarse; por eso es por que la sunción de las especies es únicamente requisito integral, ó que se necesita para que haya completa destrucción física de la hostia, que perfecciona el sacrificio.

Artículo IV.—Valor del Sacrificio

A fin de que no exista confusión alguna, es preciso que antes de responder á esta cuestión sentemos algunos precedentes. Por nombre de *valor* se entiende aquí la dignidad moral que tiene el sacrificio, distinguiéndose el valor del efecto, pues éste no es otra cosa que aquello que se confiere por miramiento ó respecto de semejante valor. Además, el valor del sacrificio de la Misa puede considerarse 1.º por parte de Cristo oferente, ó de la hostia; 2.º por parte de los méritos de toda la Iglesia en cuyo nombre se ofrece el sacrificio; 3.º por parte de la disposición y devoción del sacerdote celebrante.

Toda la cuestión substancial versa sobre el valor de Cristo ofrecido en la hostia consagrada, pudiendo ser *intensivo*, ó sea el valor del sacrificio considerado en sí mismo, ó *extensivo* según el mérito que tenga respecto al número de personas por quienes se desea aplicar.

Aun con todo esto, el presente asunto es una de las cuestiones teológicas más intrincadas, precisamente porque la fe nada nos dice respecto á si este valor aplicado en los hombres es infinito ó finito, ó de qué modo, ó si depende en mucho ó en algo de los méritos del celebrante y de la Iglesia. Es de fe, según el Concilio de Trento, que el Sacrificio de la Misa es el mismo de la cruz, á diferencia del modo de ser ofrecido. Aquí está pues el nudo, en comprender fielmente este modo de ser ofrecido, para poder pasar luego á resolver la cuestión con más acierto. Es cierto que Jesucristo en la Cruz satisfizo por la pena eterna debida por nuestros pecados, de un modo infinito, tanto intensiva como

extensivamente; es decir, sus méritos fueron infinitos, porque, aun cuando las acciones de la humanidad de Cristo son finitas, empero como ésta se halla unida hipostáticamente á la divinidad, sus acciones toman la dignidad y el valor de ésta última, valor que los teólogos llaman substancial derivado, y por eso se dice que Cristo mereció y satisfizo infinitamente; pero no sólo mereció infinitamente por sí, ó *intensive*, sino que se extendió á todos los hombres, y así también puede llamarse *extensive* de un modo lato é impropio; pero que fuera extensivo rigurosa y propiamente hablando, esto es, que su valor se aplicara en efecto á éste ó á aquél, ó á todos los hombres, es labor de los sacramentos, y de un modo peculiar del santo sacrificio de la Misa, que aplican de hecho las satisfacciones y los méritos del sacrificio de la cruz. He aquí por lo tanto, explicada claramente la diferencia del modo de efectuarse el sacrificio cruento del incruento. Además, el sacrificio de la cruz, se diferencia del de la Misa en el modo, porque aquél no podía repetirse y por esto mismo debía de extenderse á todos los hombres, mientras que éste es reiterable, ya que es voluntad expresa de Cristo el que se repita, y por eso mismo no puede extenderse á todos los hombres, sino á los que determinadamente se aplica. En resumen: ambos sacrificios, el de la cruz y el de la Misa, poseen valor infinito intensivamente, por sí mismos, por parte de la cosa ofrecida que es Cristo, allí crucificado y aquí sacramentado; pero respecto á la aplicación mencionada, al valor extensivo, el de aquél fué infinito y el de éste finito.

De aquí tomó Escoto motivo fundado para enseñar y defender con ahinco esta proposición que no es otra que una mera conclusión de las premisas anteriormente probadas; deduciéndose también de la misma que el sacrificio de la Misa aprovecha menos á todos que á uno, menos á muchos que á pocos; porque si el valor de él es finito en cuanto á la aplicación, seguramente más tendrá uno á quien por él solo se aplique el sacrificio que dos ó más por quienes en conjunto se aplique la misma oblación.

La razón que da el doctor sutil, (1) es la que anteriormente hemos fijado, á saber: la voluntad de Dios quien dispuso que sus méritos y satisfacciones alcanzadas en el sacrificio de la cruz, se nos aplicaran de un modo finito y determinado por el sacrificio de la Misa. Esta voluntad nos es manifestada por la práctica de la Iglesia. En efecto: si por la supuesta infinidad extensiva del sacrificio, una sola Misa aprovechara tanto á muchos ó á todos los hombres como á uno solo: 1.º En vano la Iglesia usaría y aún prescribiría oraciones diversas, unas por los vivos, otras por los difuntos y varias por diferentes necesidades, y aun por particulares. 2.º Se seguiría igualmente que aquellos sacerdotes que no celebrasen por la intención de quien les ofrece el estipendio, ni por obligación alguna sino por pura devoción, deberían ofrecer el sacrificio por todos los vivos y difuntos, y pecarían contra la caridad cuantas veces practicaren lo contrario, porque la caridad exige que la Santa Misa se ofrezca por todos aquéllos á quienes pueda aprovechar, sin perjuicio de los demás; y de esta suerte el sacerdote con una sola Misa podría pagar á la justicia divina todas las penas que deben todas las almas existentes en el purgatorio. 3.º Se seguiría, asimismo, que el sacerdote con una sola Misa podría cumplir todas las cargas de misas de fundaciones y obligaciones testamentarias, por lo cual sería en vano repetir el Sacrificio por las mismas personas. 4.º Se seguiría, finalmente, que el sacerdote obligado á celebrar por razón de muchos y diferentes estipendios para diversas Misas, podría satisfacer, diciendo una sola. Todo lo cual es falso y absurdo por ser contrario á la razón, á la justicia y á la práctica y sentir de la Iglesia, y por los gravísimos inconvenientes que resultarían de su ejecución.

He aquí, por consiguiente, las dificultades á que se exponen aquellos teólogos que, abandonando el sentir del sutil doctor á quien siguen Ricardo, Durando, Suárez, Tole-

(1) Q. 20 quodlib., n. 20.

do, etc., enseñan con grande inconveniente que el Sacrificio de la Misa es infinito respecto á su aplicación.

Como corolario del artículo anterior, insinúo que la Misa recibe también valor del mérito del celebrante y de los de la Iglesia y que, por cierto, cuanto más santo sea el sacerdote que celebre, más valor extensivo, más fruto, más provecho experimentarán aquéllos por quienes celebra.